

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 16 Diciembre 1915.

Número 50.

Incomprensible

No acaba de caberme en la cabeza
que un hombre de talento sea creyente:
el que por conveniencia lo aparente,
esto no me produce ya extrañeza.
¿Crear que existe un Ser de tal grandeza
que sacó de la nada lo existente,
y esparció por la bóveda esplendente
mundos y soles de sin par belleza,
y pensar que podemos preocuparle,
ofenderle, alegrarle ó enojarle,
excitar su bondad, moverlo á ira,
y que en la Tierra el pensamiento fijo
nos mandó por salvarnos á su hijo?
¡Quien diga que lo cree, dice mentira!

José Nukens

Cambio de Gobierno

Cayó el Gobierno de Dato, aplastado por el peso de sus glorias en la industria de la vaselina política. Como todo fué vaselina, apenas ascendió unos centígrados el calor atmosférico, el gobierno se derritió.

Ocupó su lugar el conde de Romanones, que tiene la buena estrella de no haber de temer de Dato que diga: «tras mi vendrá quien bueno me hará»; pues Dato, en todas las malas andanzas políticas, batió el «record» de los peores andarines.

En materia clerical puede escribir en los trofeos de su escudo político, el *non-plus-ultra*. Nos deja la monarquía dentro de la Iglesia de los jesuitas. La escolta real en parada frente á la iglesia de la calle de la Flor. Docenas de periodistas en la cárcel; centenares de ellos amarrados al proceso criminal ó desterrados. Al general de los franciscanos, hecho el mayor grande de España; el Nuncio pontificio gi-

rando visita pastoral á las diócesis; la Defensa Social omnipotente; los *requetés* en auge; las calles atiborradas de automóviles de monjas y frailes; el Congreso hincado de hinojos ante la Virgen del Pilar; desmoralizadas y corrompidas las izquierdas; embravecidas las derechas y la mayor hazaña nacional reducida á la conquista de la Bula de la Cruzada, que viene á levantar los ayunos cuando ya no queda que comer.

Viene Romanones. No sabemos si á robustecer y consolidar la obra de Dato ó á derribarla.

En las consultas del Monarca, Maura ha pronosticado la gravedad mortal de los padecimientos de la patria y ha desahuciado á los políticos de turno. Lerroux no ha dado el desahucio á los políticos, sino al régimen.

Y como quiera que el régimen continuará con los mismos políticos, ¡España... prepárate á una buena muerte! ¿Qué valdrán en estas angustias mortales, los esfuerzos de hombres como Angel Urzáiz y Julio Burell, en sus ministerios?...

Los católicos tienen un consuelo. Si España muere, morirá con todos los santos sacramentos y asistida del confesor.

Viático habrá sido el Congreso Eucarístico. Unción y bendición papal la nueva bula pontificia.

Si la guerra europea lo requiere, es posible que tengamos aquí al Papa y su clero pontificio para cantar el funeral. ¡Menudo coro de frailes y monjas para entonar el *Requiem æternam!*...

Ministerio liberal

Presidencia, señor conde de Romanones.

Estado, D. Miguel Villanueva.

Gracia y Justicia, D. Antonio Barroso.

Hacienda, D. Angel Urzáiz.

Gobernación, D. Santiago Alba.

Guerra, general Luque.

Marina, general Miranda.

Fomento, D. Amós Salvador.

Instrucción pública, D. Julio Burell.

El Padre Ferrándiz

El Boletín Oficial del obispado de Madrid-Alcalá publicó el siguiente escrito el día 10:

«Excelentísimo é ilustrísimo señor obispo de Madrid-Alcalá.

Excelentísimo señor:

Por la presente, y como mejor proceda en derecho, el que suscribe, presbítero de esta diócesis, confiado en la infinita misericordia de Dios y en la bondad nunca desmentida, de la Santa Madre Iglesia Católica, nuestra Madre, comparece á fin de manifestar ante la autoridad eclesiástica:

Que perturbado profundamente por sucesos varios, cedí á la humana flaqueza, y me puse en actitud irregular. Creyendo ver cerrada ante mí toda vía ó puerta que no fuese la Prensa avanzada, á ella me entregué del todo, y en sus páginas he colaborado asiduamente.

Mas la voz de sacerdotes dignísimos, por mí siempre respetados; la de mi conciencia, y los hechos mismos de la realidad, hostilizadores de mi situación, medios todos con que la Divina gracia ha llamado á las puertas de mi espíritu, movieronme á reconocer mi extravío y á formar el propósito de enmendarlo como fuese posible, con la ayuda de Dios; volver á la obediencia debida á nuestra Madre la Iglesia, y hacer pública retractación de los errores y rebeldías, ofensas é irreverencias contenidos en mis escritos.

Propósito que expreso aquí solemnemente, tras madura reflexión libre, por nadie cohibido ó forzado, y para cuya realización adjunto y someto á la autoridad eclesiástica la necesaria abjuración pública, rogando ser admitido en el seno de la Iglesia y en el ejercicio del ministerio eclesiástico, previa la absolución de mis culpas y de las censuras en que haya podido incurrir.

En Madrid á 24 de Noviembre del año del Señor 1915.—José Ferrándiz.—Rubricado.»

«IN NÓMINE JESU

Yo, el abajo firmante, presbítero, profundamente arrepentido, declaro que, cegado por humanas pasiones durante no pocos años, en dos etapas distintas, he sustentado en el libro y en la Prensa errores y extravíos contra la fe cristiana, con irrisiones y blasfemias de lo más sagrado, y ataques á la autoridad de la Iglesia.

Contiéndose todo esto en los libros titulados: *Memorias de un clérigo*, *Secretos de la confesión*, *Sacramento espúreo*, *El Papa y los peregrinos*, *Memorias de una monja*, *Das heutige Spanien unter dem joch des papstums* (*La España bajo el poder pontificio*), en alemán y sólo publicada en Alemania, Francfor, y *So'anas conocidas*.

En la Prensa, los artículos insertos en *Las Dominicales*, *El Resumen*, *Vida Nueva*, *El País*, *El Progreso*, (Madrid-Barcelona), *EL MOTIN*, *El Radical* y algún otro.

Ahora, deplorando con toda mi alma tamaños extravíos, afirmo pública y solemnemente que abjuro de cuanto contiene esta obra desdichada, contraria al dogma á la Moral, á la Historia y á la disciplina de la Santa Iglesia Católica, á cuyo juicio en absoluto me someto, hondamente contrito de mis gravísimas faltas, de cuanto haya podido ofender, lastimar y escandalizar á las personas de los prelados, sacerdotes, religiosos y fieles, cuyo perdón cristianamente les pido y de todos espero.

Es mi deseo volver á la comunión y obediencia de la Iglesia Católica, nuestra Madre, cuya santa fe confieso y proclamo.

En testimonio de lo cual, suscribo y firmo la presente retractación en Madrid á 24 de Noviembre del año del Señor 1915. José Ferrándiz.—(Rubricado.)»

A José Ferrándiz

Acabo de leer su abjuración, que me ha producido la tristeza que me invadió siempre ante las grandes caídas. Porque la suya lo ha sido: y desde gran altura, por más que usted la juzgue ascensión.

Esto no obstante, me abstengo de juzgar el acto que ha realizado: una amistad de cerca de cuarenta años y una comunidad de ideas no interrumpida me lo vedan.

Y esto también:

Cuando usted vino desde la Iglesia á nuestro campo, los suyos, lo mismo clérigos que seglares, lo denostaron, lo insultaron, lo calumniaron y lo escarnecieron. Hoy que desanda el camino, yo, lamentando cual ninguno su ida, tiendo á usted esta

mano que estrechó la de tantos vencidos; que esto, en suma, es usted oy: un vencido; sea por atavismo religioso, sea por daltonismo de conciencia, sea por perspectivas angustiosas.

Y no sólo le tiendo la mano por vencido, sino por agradecimiento: todos los de este campo se le debemos. Ha combatido usted tan bravamente á nuestro lado en las avanzadas de todas las batallas libradas por defender causas justas, que el error de haberse arrepentido ahora de lo que llama infundadamente sus errores, no ha de ser parte á disminuir nuestra admiración.

Esto no quita, sin embargo, para que la envidia que ayer me inspiraba usted se haya trocado en compasión.

Sí, yo lo envidiaba antes, por aquel su brioso arremeter contra los autores de toda iniquidad; por aquella su voluntad incansable para defender á todo perseguido; por aquel admirable denuedo con que atacaba á los poderosos vengativos y crueles.

Y lo compadezco ahora, por haberse visto obligado á retornar, viejo y desencantado, á la Iglesia de que se apartó joven y animoso al ver desconocidos ó pisoteados en ella los fueros de la ver ad, predominante la avaricia y triunfante la soberbia.

En nuestro campo, lo sé y lo deploro, no ha encontrado usted lo que merecía por su propaganda y sus servicios; (los partidos populares suelen distinguirse por su ingratitud con quienes más les sacrifican); pero, en cambio, vino usted desconocido por casi todos los suyos, por muchos menospreciado, por ninguno comprendido, y aquí, por su inteligencia, su honradez y la formidable labor realizada, se creó usted ese nombre que hoy cotiza la Iglesia, como uno de sus grandes triunfos. El modesto sacristán de San Ginés, que tenía méritos sobrados para ser obispo, al reingresar vencido en su antiguo campo, es recibido con todos los honores de guerra. Salió siervo y vuelve Señor.

Hubiera deseado que no estampara al marcharse la frase de que *estaba solo*, porque no es exacta: con usted estábamos en espíritu todos los que amamos la verdad y la justicia, despojados de fanatismos de secta y de miras utilitarias. Estaba usted muy acompañado, y lo que vale más, bien acompañado.

Sintiendo, repito, como el que más el que usted nos deje, me consuela esta consideración:

Al irse no se lleva ni un grano de la semilla sembrada en nuestro campo. Lo escrito, escrito está. El que usted se arrepienta de haber afirmado que el alto clero se reparte casi todo el presupuesto eclesiástico, no demostrará que el hecho es falso. Lo dicho por usted de que el jesuitismo es rapaz y absorbente, es una

verdad que no desvanecerían cincuenta abjuraciones. El haber sostenido que la frailería está explotando y desmoralizando á España, es otra verdad que no borrarían cien años de arrepentimiento. Y así todo lo que ha escrito sacando á plaza inmoralidades, corruptelas y latrocinios. Por esto, mal que le pese á la Iglesia, usted no se va de nuestro lado.

¡Se va mi sombra, pero yo me quedo! Tendrá usted que decirse á menudo aunque no quiera.

Por esto yo, al ver el regocijo con que la Iglesia canta lo que llama su triunfo, le digo.

«Quédate con el Ferrándiz que se arrepiente, que junta las manos, que reza, que trabaja desde hoy egoístamente por alcanzar lo que le ofreces sin probar que exista: su salvación eterna. Nosotros nos quedamos con el Ferrándiz que atacaba á los soberbios, levantaba á los caídos, ponía en la picota á los que atropellaban la burra de Jesús con sus coches y automóviles, hería en el corazón á los fariseos con el acero de su pluma, y sin látigo espantaba, ya que exterminarlos es imposible, á los mercaderes del templo.»

Y después de decir esto á la Iglesia, le digo, no al Ferrándiz que queda entre nosotros, sino al que se ha ido:

«Si en mi mano estuviera, suprimiría en usted la facultad de rememorar el pasado, para que ningún recuerdo viniera á conturbarle; ese pasado de austeridades fortalecedoras y privaciones confortables que ha sobrellevado usted con ánimo tranquilo y resignación filosófica. Y lo haría, para que, al tener en sus manos un cáliz de oro, no pensara en los redimidos por Cristo que no tienen ni un vaso de vidrio en que llevarse á la boca el agua que la fiebre les reclama; y para que, al salir de una de esas fiestas que la Iglesia celebra exhibiendo trajes y ornamentos cuajados de piedras preciosas ante Vírgenes de madera cubiertas de joyas que valen millones, no se angustiara su corazón al ver en la calle vírgenes de carne corriendo hacia los lupanares para pedirle á la impureza un pedazo de pan, ó á madres andrajosas demandándolo á la caridad pública con un hijo en brazos y dos ó tres que tiritan agarrados á su falda; ó para que, al referirle á usted un sacerdote perseguido sus cuitas, no echase de menos aquel tiempo en que su pluma temblaba de orgullo entre sus dedos al estampar sobre el papel frases sangrientas de indignación viril que marcaban en la frente del perseguidor huella de infamia imborrable.

Mas no estando en mi mano el privarle por completo de la memoria, le deseo, por lo menos, que al reclinar la cabeza sobre la almohada después de haber pedido humildemente arrodillado ante un crucifijo perdón para los que hoy llama sus errores,

experimente la augusta serenidad de conciencia que cuando los cometía.

Siempre, y en todas las situaciones de su vida, cuente usted con su antiguo amigo

JOSÉ NAKENS

La conversión del Sr. Ferrándiz

La Prensa la ha publicado. A presencia de tal hecho, quedan puestas á prueba las virtudes todas de EL MOTIN, que ni puede callar la trascendencia del asunto, ni puede atacar al que hasta aquí fué valeroso compañero, y en muchos años de comunidad en glorias y fatigas fabricó una amistad á prueba de los mayores golpes.

En otras claudicaciones puede descubrirse fácilmente el punto cómico; en la de Ferrándiz todo es eminentemente trágico. Toda su vida participa de la odisea; y este acto es el culminante de esa epopeya espiritual, cuyos efectos se irán viendo mayores durante mucho tiempo.

Porque Ferrándiz, fuera del valor personal, era un haz de concentración de muchas simpatías, el foco de muchas admiraciones, el fijador de muchas creencias, el eje de muchas convicciones, así en España como fuera de ella.

Cualquiera que sea la estructura que supongamos en el anticlericalismo español, al buscar su columna vertebral, no podrá construirse sin señalar en ella á Ferrándiz como una de las principales vértebras.

Su emigración al campo contrario, significa, pues, un golpe rudísimo al organismo, que no diremos queda desnucado, ni deslomado; pero sí hondamente trastornado. En el campo de la lucha, él ha estado batallando en la línea de fuego y en la avanzada, en continuo ataque y pecho á pecho, así en la polémica como en los juzgados. La trinchera que defendió y sostuvo con ímpetu siempre inquebrantable y á veces admirable, por su estrategia como por su arrojo; esa trinchera avanzada, la más avanzada, quizás demasiado avanzada á veces, por encontrarse en pleno campo enemigo con las comunicaciones cortadas; esa trinchera, queda desde ahora desierta.

No tronará más en ella el formidable cañón de Ferrándiz, cuyo tiro certero alcanzó á veces las más altas cumbres. Ni de sus fosos surgirá, en los asaltos enemigos, el soldado-fantasma, cuya sola presencia paró los pies á batallones enteros.

Los que en esa primera línea quedamos, sentiremos bien pronto los efectos de ver concentrados sobre nosotros los fuegos enemigos que el bravo compañero distraía ó contenía. También los sentirán los ejércitos de segunda línea y los de tercera, que

se verán visitados por el enemigo, colado por la brecha. Pues por mucho que nos esforcemos los que quedamos y por mucha prisa que nos demos, no será fácil cubrir á tiempo el vacío que deja quien por sí solo valía un escuadrón tan hábil en manejar las grandes armas de la polémica, como las armas sutiles de la diatriba. Pues Ferrándiz juntaba de un modo no bastante apreciado, la vasta erudición, la perspicacia crítica y el ingenio travieso.

Este es el soldado que perdemos. ¡Ya lo hemos perdido!

No volveremos á verlo en nuestro campo, ó en todo caso lo veremos esgrimiendo contra nosotros esas mismas armas: armas que lleva consigo mismo; que nadie le ha prestado, que á nadie ha hurtado, pues él se es el arma.

Más deplorable es la pérdida, por ser Ferrándiz, además de un soldado impetuoso, un gran hombre. Austero en su vida, desnudo de ambiciones, exento de vicios, en los veinte años de pelea desde puestos principales, siendo más de una vez la figura más principal de las izquierdas; pudo ser vicioso y no lo fué; pudo hacer negocios, y no los hizo; pudo satisfacer ambiciones, y no las satisfizo. Ni una mancha ha traído al partido. Ni una leve mala nota al ideal.

Su hoja personal de servicios está limpia de tachas y llena de méritos. La deuda con él contraída por el partido, es grande. Es la mayor deuda.

Si alguien se atreve á disputarle esa precedencia, levante el dedo.

SE HA IDO. ¿CÓMO?

¿Cómo hay que tratar á Ferrándiz, en esta su peregrinación?

Los alemanes fusilan al desertor, acribillan al que se rinde y empujan á bayonetazos al débil que se retrasa. ¿Seremos germanistas, en aplicarle estas bárbaras leyes?

No es traidor al ideal ni al partido. Hace tiempo, hace años que, desde su posición extrema, advertía el cansancio, el agotamiento y la extenuación. El que repase sus artículos de tres años acá, hallará esas llamadas, esas advertencias y esas peticiones de auxilio. ¿Se le han dado? No. Luego no es él el traidor, sino el traicionado en todo caso. Fué abandonado á su suerte. «¡Estaba solo... me veía solo!», ha dicho al redactor de *El Debate*. Si había un ejército detrás, si formaba parte de un ejército, la obligación militar era mutua, del ejército con él y de él con el ejército. «Se vió solo». No sólo se vió solo él: otros le vieron solo. Todos pudieron verle, si quisieron, pues todos los que quisieron le oyeron decirlo. ¿Es que el ejército le abandonó, sin pagarle la deuda con él contraída? En tal caso, Ferrándiz es el traicionado y no el traidor. Fió en la lealtad del bando que defendía, y su confianza fué

defraudada. Quedó «solo» porque nadie le acompañaba.

¿Será desertor? ¿Acaso existe el ejército organizado? ¿Es que existe, pero está disperso? En tal caso, nadie puede quejarse. No existiendo ejército no cabe deserción. No habiendo filas no se puede desertar de ellas.

No es traidor ni es desertor.

Es el herido prisionero.

Se va. ¿Qué se lleva de este campo? El tesoro espiritual que se lleva es grande, según hemos visto. Se lleva la admiración de muchos y deja el pasmo. Se lleva la fe y deja la defecación. Prendas son éstas, que quizás le sirvan de solaz en las paradas de su nueva peregrinación.

Pero ¡ay! esa admiración ¿cómo se traducía en la realidad de la vida? El lo ha dicho, y es cierto: «¡se veía solo!»

Vosotros, admiradores suyos, pasmaos. Tenéis razón de pasmaros. Habéis visto caer al que creíais indefectible. ¡Pasmaos! Vuestra sorpresa ha de ser doble y doble vuestro pasmo. Pues tan increíble parece la defecación de Ferrándiz á lo que se esperaba de él, como la suya á lo que se esperaba de vosotros. ¿Tan admirado, y convertido?—diréis pasmados.—¿Tan admirado y tan solo?—dirá el sentido común.

Y á los que le acusen, se responderá: ¿Le admirábais, y le dejábais solo? ¿Es que guardábais la admiración para pasmaros al verle convertirse? He aquí la realidad, que se debe mirar de frente, cara á cara, sin hipocresías ni máscaras: «la conversión es la soledad». Si su conversión es cosa suya, su soledad es cosa vuestra. Admiraos, ahora, de vuestra inconsciencia y de vuestra ignorancia, y de no saber ver á tiempo en aquella soledad el germen de la conversión, que nadie hizo abortar y que el tiempo llevó á colmo. Se lleva, pues, una admiración y una soledad. La soledad le ha «vertido» á la playa.

Después de esta «versión» su conversión es inmediatamente cosa suya: mediatamente es cosa vuestra.

Fuera de este tesoro espiritual, su bagaje material es corto. No lleva títulos, ni fincas, ni rentas, ni créditos que le ofrezcan vehículo y le sirvan de cabalgadura. Lleva sólo el peso de los anatemas, de las fatigas, de los estudios y de los años, ya que no de los achaques. En vez de cabalgar sobre ellos, éstos cabalgan sobre él.

Así se ha ido. Esto declara la Justicia, ante la cual debe descubrirse todo el que se diga amante de ella, aun cuando su fallo caiga sobre nuestras cabezas.

¿Cómo le trataremos, pues, desde acá?

EN ADELANTE...

Lo que Ferrándiz hará allá no podemos saberlo ni siquiera calcularlo. Cuando más adelante estudiemos la

constitución eclesiástica, el lector lo verá más claro.

Ferrándiz puede servir de mucho á la Iglesia; de mucho en el bien y en el mal. Del bien y del mal de la Iglesia, hablo. Es un personaje trágico, de radioactividad inextinguible, que servirá para *edificación ó destrucción* de muchos, según la prudencia con que sea utilizado.

Porque, aquí estamos. La acción futura de Ferrándiz en la Iglesia, podría calcularse sobre sus dotes personales, si la Iglesia respetase su libertad de acción. Dedicárase seguramente á *edificar allí*. Pero quizás sea utilizado para destruir lo de *acá*. Y en tal caso, nuestra actitud queda definida.

Nosotros habremos de considerar á Ferrándiz como uno de esos belgas caídos fortuitamente en poder de los alemanes, y que éstos obligan á servir de escudo en el choque ó á abrir trincheras, ó á disparar contra sus antiguos compatriotas.

Y en tal caso, nuestra actitud es clara.

Cuando Ferrándiz sirva de parapeto ó instrumento á otro, si el fragor de la batalla consiente á la vista distinguirlo y á la violencia el aplomo necesario, procuraremos afinar la puntería para dar al enemigo y salvar al amigo. El disculpará las rozaduras que acaso le alcancen.

Pues esto sabemos con fijeza: que él es incapaz de prestarse á tal perfidia; que en caso de participar de ella será cohibido por la fuerza eclesiástica, y que en cuanto pueda dejará al descubierto al que de él abuse tan indignamente. Pues es demasiado hombre para consentir tal ignominia.

Mucho más, cuando debe advertirse que Ferrándiz se va; pero todavía no ha llegado.

Ha pasado la frontera, más nos está incorporado en el ejército contrario.

Antes de ser habilitado (y sólo cuando lo sea habrá terminado el viaje), pasará algún tiempo.

Ya lo ha advertido el prelado.

Esperemos, pues: no ha llegado todavía.

Su camino es largo, peligroso, rodeado de abismos y surcado de barrancos. ¡Esperemos!

Ferrándiz no es hombre que vuelva fácilmente atrás. Su *estatua de sal* que deja acá, incorruptible y petrificada, le dará espanto á él mismo. Pero, como no es fácil en torcer de camino, tampoco es sensible al miedo de los fantasmas.

Y si volviese...

Preparáos, padres del liberalismo, á competir con el obispo de Madrid en conocimiento del corazón humano, de la veleidad humana, y de la fuerza de las circunstancias.

Si volviese, preparáos á decir á Ferrándiz por todo reproche:

—¿Hijo, por qué has tardado tanto?

Si tú te arrepientes de la diversión, también nosotros nos arrepentimos de tu soledad. Si tú erraste, antes erramos nosotros. Si tú te fuiste, nosotros te habíamos empujado.

El caso canónico

Ferrándiz no fué apóstata

Ferrándiz que hasta ayer estaba contra la Iglesia, hoy está dentro de la Iglesia.

¡Se ha ido! — Dicen.

Quizás no sea exacta la frase.

¿Ha ido él á la Iglesia, ó la Iglesia ha venido á él?

Ya lo estudiaremos otro día. La Iglesia es grande como una montaña, pero no es una montaña. Anda siempre. Por esto puede haber ido á Ferrándiz, como Ferrándiz pudo ir á ella. La abjuración quizá sea de ambas partes.

El público ha padecido una ilusión óptica. Cuando se dice «vuelve á la Iglesia», «conversión á la Iglesia» «el renegado y apóstata», los liberales incurren en error; los clericales que conocen la verdad, incurren en calumnia.

La calumnia de los clericales, repetida sin cesar, fué causa del error de los otros.

Mil veces, unas explícitamente y veladamente otras, Ferrándiz hizo en sus escritos públicos, confesión de fe católica. ¿Que también hubo negaciones y si se quiere blasfemias?... De eso habría mucho que hablar. La teología es muy elástica ó muy dura, según se mire. Se puede perder totalmente la fe y continuar siendo católico. En tal caso—se dice—siendo la fe «don de Dios». Este la da ó la quita cuando quiere: de ello no es responsable el hombre. A éste le basta el «deseo» de poseerla y esforzarse en adquirirla. Igual que pasa con la santidad.

Así, las «negaciones» de Ferrándiz pueden ser consideradas, no como actos de un estado formal y habitual de disidencia con la Iglesia, sino como «pecados» y actos aislados sugeridos por arrebatos pasionales y las más veces cometidos bajo el recato del pseuconismo.

Su labor crítica, la que se tiene por anticatólica, en sus nueve décimas partes se redujo no á combatir la esencia y meollo del catolicismo, sino sus accidentes y postizos. Sobre todo combatió las corruptelas, supersticiones, ridiculeces, abusos, desafueros, vicios y sofisticaciones del catolicismo; cosas estas que todo católico debe deplorar, que las autoridades deben reprobar; que sólo la relajación de la disciplina y la anarquía de las muchedumbres ignorantes, ampara y defiende; cosas que sólo la astucia mercantil del clero codicioso y sin conciencia explota. Esta labor

de Ferrándiz, rectamente juzgada, es de catolicismo positivo y en positivo provecho de la Iglesia.

Esto en cuanto á las doctrinas.

En cuanto á las costumbres él, por su parte, nada hizo, que yo sepa, contra la moral eclesiástica.

Constantemente reclamó y ostentó el título de *Presbítero*, así en el padrón vecinal como en los libros y artículos; acudía con traje talar á las grandes solemnidades públicas; en los juzgados, reclamaba el fuero clerical y requería de incompetencia á los jueces laicos. No apostató, pues, ni del título, ni del hábito, ni del fuero.

No solamente para con él procedía de ese modo. Contra mí, y aun sabiendo que yo lo reputaba á ultraje, sostenía la indelebilidad del carácter, me adjetivaba con su título, que si en su hogar era honor, en el mío era deshonra; y, en fin, fué en España, el único escritor de las izquierdas que hizo burla de mi matrimonio y exaltó la ultra-moralidad del celibato.

¿De dónde se saca, pues, la especie de la apostasía? Sencillamente, de lo que dijeron de él sus enemigos y difamadores, quienes, si hubiesen tenido que responder jurídicamente de sus actos, habrían sido condenados por calumnia é injuria, según lo fué antaño Nocedal por tratar de igual modo al padre Castilla, confabulado á la sazón con Ferrándiz.

Su disidencia no fué, pues, formalmente con la Iglesia, sino con una *porción* de ella. El choque dióse con los llamados *integristas*, movidos por los jesuitas del tiempo, quienes sacaron su «clerofobia archiclerical» sobre el nombre y persona de Ferrándiz, que les había sido relajado por el obispo de entonces, y que asumieron el oficio de brazo secular y de verdugos episcopales. Quien repasé las colecciones de la Prensa, hallará, especialmente en *El Siglo Futuro*, insuperable ensañamiento contra el «clérigo Ferrándiz», y contra los «clérigos de *El País*». Espectáculo sólo comparable al que daría una manada de chacales al caer sobre un cadáver indefenso.

Más que con el obispo, el choque fuese quizás con el provisor Torres Asensio, azuzado por los jesuitas, los cuales utilizaban los fallos de la autoridad contra un «clérigo», manjar preferido de sus banquetes; cuya venganza excitaban para que descargara contra el «obispo», *hors d'œuvre* de la mesa ignaciana. ¡Carambola ignaciana!

En Ferrándiz el jesuitismo hallaba ocasión de difamar al clero secular con beneplácito del obispo. Al hablar de los socios de Ferrándiz, Castilla, Martínón y Sarmiento, no olvidaban señalarles como «clérigos». A los «clérigos» atacaban, no á los herejes; y en ellos la cifra del *clero secular*, al cual desmoralizaban con máscara de moralizarlo. ¡Otra carambola!

Por esto, si una parte del clero es-

El Motín



Trabajando por la salvación de las almas.

Ayuntamiento de Madrid

taba contra Ferrándiz, otra parte reprochaba interiormente no pudiendo hacerlo de otro modo, la obcecación, saña, ferocidad y rabia de sus difamadores carniceros. Por esto, una parte del clero, así fuese vergonzantemente, simpatizaba con Ferrándiz y con muchas de sus campañas, habiendo quienes, haciéndole justicia, no le retiraron jamás su amistad personal.

La conducta de Ferrándiz fué ajustada á la disciplina canónica en cuanto lo toleraban sus circunstancias especiales de ultraje, rebelde al ultraje é irritado por instintos vindicativos.

No hubo, pues, apostasia legal, ni moral, ni doctrinal.

EL CHOQUE CON LA IGLESIA

Está visto: la apostasia ha sido una leyenda.

Esto que estuve tentado de advertir al público hace muchos años, y lo callé por creerlo perturbador del campo liberal y perjudicial para el interesado, dígolo hoy que resulta favorable á éste y restaurador, en aquél, del equilibrio perturbado por el estruendo de la «conversión».

¿Qué había, pues, en el fondo de las cosas?

Decíase á veces enemigo de la Iglesia y le vemos habitualmente sumiso á sus formas más nimias. La contradicción debe ser explicada.

La Iglesia es para muchos un embolismo y un enigma que se presta al sofisma y á la anfibología.

Considerada en la integralidad de su historia y de sus dogmas, ó sea en su fenomenismo de tiempo, á cada momento se ofrece en transformación continua. En cada palpitación suya sorbe sustancias nuevas y elimina parte de las viejas. Su identidad es un simple caso de inadvertencia. No tiene dos momentos iguales; y si bien su evolución, como la de todo sér viviente, se verifica en proporciones ordinariamente insensibles é imponderables, sobrepuesta la Iglesia de un siglo á la de otro siglo, y sobre todo la de los siglos inmediatos á la de los remotos, la comparación no sólo destruye la identidad, sino que manifiesta la contradicción total.

Esta evolución global de la Iglesia al través del tiempo, no se verifica en el vasto orbe católico acompasadamente en todos los países. Unos viven aún la Iglesia del siglo xvi en el siglo xx (España). Otros países viven más retrasados. Así los coptos y ritos orientales.

Lo que ocurre con los grandes campos en el mosaico topográfico, acaece en el del clero regular. Cada orden marca la máxima de la mística católica en el tiempo y lugar de la fundación de la orden respectiva.

Y como acaece en el mosaico del clero regular, acaece en todo grupo de individuos, los cuales forman su

espíritu católico con el ambiente de un santo determinado, constituyendo un museo arqueológico espiritual, de perpetuación de los tipos del tiempo, momificados en su parte arcaica; vivos en cuanto no pueden sustraerse totalmente al ambiente. De donde se producen tipos los más chocantes de devoción fósil con rasgos modernísimos, ó de piedad modernísima con retoques de arcaísmo.

Así predomina en la Iglesia, vista en el conjunto, una estrafalaria anarquía. Todo es lícito é ilícito á la vez. La fe es ora la esclavitud del *perinde ac cadaver*, ora el non-plus-ultra del liberalismo: «nada tan voluntario como la religión».

Y en orden á la disciplina, tan autoridad resulta un relajado á lo Alejandro VI, como un asceta á lo Pío V. Un liberal á lo León XIII, ó un fanático á lo Pío X. Ya se ve: el campo de la arbitrariedad es ilimitado. El Dios de la Inquisición sirve para quemar vivo al austero y santo Savonarola en nombre de la justicia infinita, lo mismo que sirve para elevar á cardenales á los bastardos de Papas y obispos en nombre de la infinita bondad.

El obispo, encarnación local de la Iglesia en su integralidad, tiene á su mano este embudo de arbitrariedad, para dejar pasar elefantes por la boca de la misericordia-infinita, ó para coger al mosquito en el agujero capilar de la infinita justicia.

Cuando Ferrándiz entró en choque con la Iglesia, estaba de obispo Cos y Macho y de provisor Torres Asensio. Esta era la Iglesia. Este disponía del embudo como apoderado de su jefe.

Echando mano de la justicia, pudo, si quiso, procesar á todo el clero ó poco menos; pudo condenar gobiernos y cortesanos; y sobre todo, al Siglo Futuro y á los jesuitas, causantes del famoso escándalo católico, donde la fe medida por la caridad, resultaba hecha una vergüenza.

Fuese por lo que fuese, la misericordia episcopal toleraba el gran escándalo: y la justicia, cogió á Ferrándiz.

No hablemos de su proceso y condena. Tomados aisladamente, se ofrecen á muchos reparos; juzgados á través de la política equitativa, los reparos se hacen enormes, y todavía los hechos originarios del proceso, aparecen producidos por la falta de justicia distributiva en el obispo, que tenía á Ferrándiz, el hombre «de gran entendimiento y de gran corazón» proclamado por el prelado actual, condenado al misero, y, por lo inadecuado, burlesco oficio de sacristán de San Ginés.

Entre prebados está el pleito. Si es tan «grande» como afirma el señor Barrera, fué igualmente «grande» la injusticia de los obispos que le tuvieron postergado, ya fuese por tener ciego el ojo de la discreción de

personas, ó por impiedad é iniquidad de sentimientos.

La Iglesia-Cos, condenó á Ferrándiz al lugar infimo del clero de Madrid: á un oficio de sacristán, término medio entre el lego y el sacerdote, exaltación para aquél, degradación para éste; oficio propio para clérigos mentecatos ó de escasas luces y que propiamente no pertenece á las órdenes mayores. Ferrándiz se sentía, pues, degradado injustamente.

Se rebeló contra esa injusticia distributiva y fué procesado por su rebeldía, cayendo en las antenas de la injusticia equitativa.

Quebrantó la condena, y la Iglesia-Cos siguió aplicándole «la justicia infinita», mientras á otros dispensaba la infinita misericordia.

La reacción de Ferrándiz fué la que no podía menos de ser. A la fuerza total de los cánones sobre él, no pudiendo por falta de medios hacer valer la apelación en los tribunales, opuso anárquicamente su fuerza personal.

Su campaña violentísima estalló contra la Iglesia-Cos, ora atacando al Cos, ora atacando á la Iglesia, viéndose siempre la Iglesia en forma de Cos, y á Cos en forma de Iglesia.

En esa lucha febril, vertiginosa y aturdidora, unos y otros perdieron todo freno. Sus enemigos, á trueque de destruirle á él, destruían el «decoro clerical y la dignidad sacerdotal», como él á trueque de destruir á Cos luchó por destruir la Iglesia.

Quizás el propio obispo lamentase más de una vez los errores de su apoderado, no teniendo en el conflicto más culpa que la del error en el otorgarle los poderes.

¿Cabe duda de que hubo inquina por parte del obispado en esta refriega? En tal caso, lo de Cos es accidental; el choque de Ferrándiz fué con la Iglesia-Inquina.

¡Lucha de veinticinco años!

¿Quién ganó y quién perdió?

Cos no logró destruir al «sacristán». El sacristán, se elevó al Ferrándiz ese, «formidable enemigo de la Iglesia», «hombre de gran entendimiento y corazón»: y si no destruyó á Cos, ciertamente le quebrantó gravemente. Si el uno salió cardenal, hecho porque alguien ha de serlo, el otro salió cardenal contrario hecho por sus propias obras.

Guisasola no era Cos de apellido, pero éralo en criterio. El clero de las diócesis que ha gobernado, le veneran por el temor de sus iras justicieras, y no le aman por sus entrañas de misericordia. Siguió la lucha contra Ferrándiz.

Pero no adquirió ya la ingencia de la lucha primitiva. Guisasola ofrecía quizás mayor blanco y sin quizás era de mayor cuidado. La obsesión era el Sr. Cos, responsable nato, así fue-

se involuntario, de la persecución de Asensio.

Vino el nuevo obispo Barrera, invirtiendo el «embudo». Desapareció la Iglesia-Inquina y apareció la Iglesia-Bondad.

De los otros suele decirse que no dejaron un amigo. De éste dicen que no tiene un enemigo fuera de aquellos de la Escritura: *Inimici hominis domestici ejus*, de quienes ningún mortal puede librarse.

Sublata causa tollitur effectus.

Desaparecía la causa del choque: la batalla debía cesar.

La reconciliación era cuestión de oportunidad y ceremonia; formalmente estaba hecha en principio.

Al presentarse Ferrándiz al obispo, éste le dijo:

—Hijo, ¿por qué has tardado tanto?

Ferrándiz, por su parte, cuenta que algún tiempo antes de ir al obispo le habló al alma un amigo. Pudo, pues, haber contestado al prelado:

—Padre: ¿por qué no me llamaste antes?

La batalla personal había cesado hace tiempo; y no habiendo otra razón substancial, la reconciliación expresa era retardada sólo por dos causas: el desconocimiento que tuviesen uno de otro, el obispo y Ferrándiz, y el *miedo* á sus respectivos cofrades de campaña. ¡Tan cerca los espíritus, y tan alejados los cuerpos! ¿Cuándo se daría el encuentro?

Ninguno de los dos se atrevía á citar al otro.—«¿Qué dirían los míos?» se decía cada uno.

Se ha hecho la reconciliación.

Si el señor Barrera hubiese sido obispo antaño, no se hubiese producido el choque.

Si al presente fuesen obispos de Madrid los señores Cos ó Guisasaola, difícilmente se verificaría la reconciliación.

No es propiamente «cuestión eclesiástica, sino cuestión de «modalidad». No es cuestión de templo, sino de temple. La Iglesia-Cos produce el choque; la Iglesia-Barrera, la aplaca.

Ahí todo.

Ferrándiz no había apostatado de la Iglesia, ni la Iglesia había renegado de Ferrándiz.

Sus íntimos diz que le decían á cada momento:—Amigo ¿cuándo vuelves? ¿Todavía no?

Es cierto que el divorcio existía formalmente entre el escritor y una porción de la Iglesia; la porción «integrista». Mas, aquí cabe preguntar: ¿quién estaba más dentro de la Iglesia, los integristas ó Ferrándiz?

Si hemos de juzgarlo por razón de los odios personales, el de Ferrándiz-Cos no fué mayor que el de Nocedal-Vilamitjana, y quizás que el de Nocedal-Sancha. Más condenaciones llovieron algún tiempo sobre *El Siglo Futuro* que sobre *El País*.

Si en razón de la ortodoxia discutimos, habrá discrepancias. Alguien dirá que estaba más dentro de ella Ferrándiz con sus ataques desde afuera; y que estaba más fuera de ella Nocedal con sus protestas piadosas desde dentro. Acordémonos del jansenismo y del jesuitismo. De muchos debeladores fogosos la iglesia suele decir: «están entre los nuestros, pero no son de los nuestros».

El fenómeno es muy singular. En el cruzamiento de hilos en los tejidos íntimos de la Iglesia, se verificaba este hecho raro. Ferrándiz era *converso in petto* para muchos eclesiásticos, aun estando fuera. El integrismo estaba excomulgado *in petto* de muchos obispos y fieles.

Este enigma eclesiástico quizá tenga un simil en la vida ordinaria. El hijo arrojado de la casa paterna y el enamorado echado del gabinete de su amada, quedan allá, junto á la puerta, llorando primero (época de la Trapa), gritando denuestos después, y por fin dando empujones y rajando las tablas. Quien vea el escándalo, creará que es odio inmenso el que mueve labios y brazos; el que hace estallar blasfemias y maldiciones. ¡No! Es el Amor... El Amor irritado. Que también el Amor tiene su genio, y más si es celoso.

He ahí, en suma, la campaña de Ferrándiz. Sus mayores estridencias son los aldabonazos que escandalizan al vecindario para hacer del escándalo la llave que abra la puerta por dentro, no pudiendo abrirla por fuera. Y esto puede haberse verificado inconscientemente de ambas partes.

¿Quiere decir ello que Ferrándiz estuviese de mala fe en el campo de las izquierdas?—No.

Al lado de las muchas protestas de fe, se hallan en los escritos de Ferrándiz otras muchas afirmaciones de una creencia suya especialísima, que esgrimió hasta la impertinencia contra mí antes de segmentarme yo, en el tiempo de mis discusiones con la Inquisición romana. Esta creencia suya era que «la Iglesia no perdona». En orden á la persecución, *quod semel assumpsit unquam dimissit*. Y secreta expulsado á perpetuidad; juzgaba imposible su reconciliación con ella, aun cuando él la solicitara. Sobre esto reñimos serias batallas que ahora resultan terminadas con prueba excepcional.

Su creencia era un error de perspectiva. No contaba con el tiempo, gran transformador de las cosas: el tiempo que hunde montañas y las levanta nuevas, trueca en odios los amores y en amores los odios, cambia obispos y modifica sus actitudes.

El tiempo, sobre todo jete tiempo de crisis universal, de tempestades políticas y de terremotos sociales!

El se juzgaba á sí mismo inquebrantable en sus actitudes, é invulnerable á la Iglesia. He aquí el error.

«De este agua no beberé yo» decía, cuando no apretaba la sed. Y luchó de buena fe con esa errada creencia, que á su vez es síntesis de otros muchos errores de perspectiva.

En sus escritos, según vemos, contradictorios en ideas y sentimientos, el crítico puede descubrir fácilmente cuándo Ferrándiz está bajo la influencia de la creencia de esta *irreductibilidad*, «no volveré jamás», y cuándo escribe bajo la contraria influencia del «quizá...» *Quizá* que aparece ó desaparece del horizonte de su espíritu en forma vaporosa, de nube que surge ó se desvanece al influjo voluble de las ondas espirituales.

Y así, Ferrándiz resulta siempre trágico, en tragedia de ideas, de sentimientos y de actitudes.

He aquí el misterio.

La apostasía de Ferrándiz, aun en los momentos más agudos, era condicional y no absoluta. El suponía á la Iglesia inmutable en su actitud con él: la Iglesia le suponía á él inmutable en su actitud con ella. Ambas suposiciones eran falsas.

Se ha desvanecido el error y ahora lo confiesan.

¡Lo que puede una mala inteligencia!

S. PEY ORDEIX

Mi conversión

Con esta fecha, 6 de Diciembre del año de Nuestro Señor Jesucristo de mil y novecientos y quince—para que se perpetúe en los anales de la Historia—remito al ilustrísimo señor Obispo de esta diócesis la presente retractación pública de mis errores pasados, autorizándole muy humildemente para que haga de ella la propaganda que estime oportuna y conveniente á los altos y sagrados intereses de la religión.

Primeramente, declaro que me arrepiento de haberme apartado de la Iglesia, error monstruoso, si se tiene en cuenta los bienes y mercedes que de pertenecer á su seno se siguen.

Así, contra todos los herejes, sostengo que no es cierto que la religión católica sea un conjunto de falsedades.

Segundo. Estoy convencido de todos los misterios de la religión, y llamo, además, embusteros á quienes aseguran que los jesuitas son unos ladrones.

Por consiguiente, el que parara el sol Josué, mientras se degollaba á los israelitas, lo tengo no sólo por probable sino por seguro, digan lo que dijeren los miserables geólogos.

Tercero. Acordándome de que anda por ahí un libro mío lleno de inexactitudes y herejías titulado *La vida en los conventos y seminarios*, suplico á las personas piadosas busquen y adquieran cuantos ejemplares estén puestos á la venta ó puedan ponerse de aquí adelante, á fin de que susodicha obra no caiga en manos impías.

Del mismo modo llamo idiotas á aquellos que no creen que el Papa vive de limosna, y que los obispos, curas y frailes viven en la mayor miseria y pobreza, y andan rotos, desnudos y muriéndose de hambre por esas calles.

Cuarto. Testifico que sólo á una im-perdonable ligereza se debe el que yo ha-ya negado durante tanto tiempo cosa tan probada como la infabilidad del Romano Pontífice.

Por lo tanto, me arrepiento de haber llamado tragones á los frailes, hipócritas á los canónigos, ignorantes á los curas, necias á las beatas y depravadas á las monjas. Y que sólo á una persona tan re-cusable y mala como yo, se debe el haber dicho que unos y otras son las gentes más infames de la tierra.

Quinto. Aseguro que, luego de haber estudiado y meditado largamente la cues-tión, he venido en conocimiento de que mienten como unos bellacos cuantos his-toriadores sostienen que el santo tribu-nal de la Inquisición cometió los más hor-rorosos crímenes.

En consecuencia, Torquemada, Roca-berti, y todos los inquisidores generales fueron unos ángeles del cielo.

Sexto. Afirmino que todos los católicos cumplen la ley de Cristo, y que sólo á falta de inteligencia puede negarse seme-jante verdad.

Que todos los pensadores y filósofos que han negado la religión son unos es-túpidos. Así, Spinoza, Kant, Hegel, Schelling, Bacon, Rousseau y otro millón de cabezas tales estaban á pájaros, y que Galileo y Miguel Servet eran dos necios.

Y, por último, y por ser verdad estas cosas, y por creer que la religión católica no es la más infame negociación, y estan-do convencido del infierno y de la gloria como de las palabras de la burra de Ba-laam, me arrepiento de mis antiguos erro-res, prometiendo no reincidir jamás.

Y elevando al sumo Señor mis súplicas y mis plegarias, para que, si es servido, tenga la bondad de iluminarme, redi-miéndome del cautiverio de caseros, editores y demás sabandijas infernales, hago profesión de fe católica, abjuro de mis teorías y entro de lleno á la comu-nión de los fieles en nuestra santa madre la Iglesia, regida por el Espíritu Santo.

Le besa humildemente el anillo pasto-ral.

LUIS ASTRANA MARÍN

El Radical.

Banco de España

En todas partes cuecen habas, y en el Banco de España á calderadas.

Dice el art. 311 del Reglamento: «No podrán ser nombrados empleados del Banco los que desempeñen otro cargo, retribuido ó no, del Estado, de los Cuerpos Colegisladores, la provincia ó el Mu-nicipio. Los empleados que hallándose al servicio del establecimiento aceptaran cualquiera de los cargos aludidos se en-enderá que renuncian al que ejerzan en el Banco.»

Díganme ahora los puleros administra-dores de dicho establecimiento, á cuan-tos empleados han concedido *bula* para considerar letra muerta el artículo trans-crito. Yo sé de algunos que, además de la nómina del Banco, firman la correspon-diente al cargo que desempeñan en ofici-nas de las enumeradas en el referido ar-tículo 311. No creo que ignoren los seño-res consejeros que en el Congreso de los Diputados, en el Ayuntamiento y en al-gún centro docente forman parte de la plantilla de empleados algunos que lo son del Banco. ¿Para qué citar nombres? Y

menos mal si las horas de oficina son compatibles para atender á tantos em-pleos, porque sé que uno especialmente, durante las horas del día, ejerce el cargo de calígrafo en el Instituto de San Isidro y en el colegio de San Ildefonso, y al Banco acude á las ocho de la noche. Esto no quiere decir que censure yo á los em-pleados en cuestión, á quienes deseo aproveche esa tolerancia, pero me pare-ce ridículo que en el Reglamento figuren artículos que los mismos consejeros in-fluyen para que no se cumplan.

Hay en el Banco dos clases de emplea-dos: ricos de influencias y huérfanos del favor, como si unos hubieran nacido por el *pelut* y otros por el *pelat*; los primeros son los niños mimados con la aureola de listos que les hace llegar, por caminos que no son precisamente los más rectos, al *pináculo de los destinos*; ¿qué me dice á esto D. Javier Mateos Montalvo? Dirá, y con razón, que él no tiene la culpa de que haya nacido el Conde de Torreánaz, Consejero del Banco de España; los se-gundos, ó sean los huérfanos del favor, son aquellos encargados de roer los huesos del trabajo y suplir las deficiencias que crea el *mismo*, los que firman en el libro de asistencia de su puño y letra, lo cual quiere decir que acuden á su puesto puntualmente, y los que, habiendo gana-do por sus puños el lugar que ocupan, no han tenido ocasión de cepillar solapas á consejeros. Estos empleados son los que suben la cuenta del escalafón, venciendo, si pueden, los escollos de las posterga-ciones; para esta clase de funcionarios se han escrito los artículos del reglamen-to de índole penal; éstos no pueden ejer-cer agencias y comisiones dentro del es-tablecimiento, no pueden sufrir retencio-nes en su sueldo por deudas, por sagra-das que sean, ni pueden lograr que el Banco les anticipe la cantidad necesaria para solucionar situaciones creadas por la desgracia, pues no teniendo un conse-jero ó un subgobernador que les apoye, recorren el vía-crucis que llega á la ce-santía.

Mucho ha contribuido, según dicen, la Caja de préstamos de la Asociación de empleados á remediar el precario estado de algunos compañeros; ¿pero se procede con justicia? ¿Es necesaria también la in-fluencia para lograr sus peticiones? ¿Se informa la Asociación si el peticionario se funda en una necesidad ó en un dere-cho? Porque entiendo que la Asociación, en estos casos, debe proceder con la vis-ta sobre el Reglamento y la mano sobre su conciencia.

¿Es cierto que de los fondos de dicha Asociación se trata de pagar las *trampas* de un empleado protegido del presidente honorario Sr. Belda?

Hasta el número próximo, que dedica-ré un párrafo al amigo «Delfos».

J. BAUTISTA SANCHÍS

12-XII-1915.

Suscripción para comprar

libros de "El Motín"

Recibido en esta Administración:

Pesetas

Asunción Rada (Caseda).	5'00
Joaquín Peinado (Ronda)	10'00
Abraham Salas (Reus)	3'00

José Masip (Vinaroz).	10'00
José Caballero (Trebujena).	1'00
Juan Benítez (Villanueva de la Concepción)	2'00
Damián Feliú (Alaró).	2'50
Nicolás Cubillo (Madrid).	2'00
Modesto Delgado (id.)	1'00
M. N. (id.)	2'50
Balbino Bornás (Falces).	4'00
Crescencio Gutiérrez (Chi-clana de la Frontera)	12'00

En *El País*.

Bernardino Sancifrián	100'00
Miguel Díez Martín Gó-mez.—Emilio Villa.—José González. (Todos á 1 pese-ta)	4'00
Manuel Luengo, Agustín Piedra.—Ildefonso Gómez. Florencia Villa. (Todos á 50 céntimos)	2'00
Gregorio Villarias.	5'00
José Bonet. Demetrio Vi-nagrero.—Nicolás Villarias. Gonzalo Herrera. (Todos á 50 céntimos)	2'00
Juan Terán	1'00
Celedonio García.—Manuel Cucurull.—Manuel Cucurull Trigeda. (Todos á 50 cen-timos)	1'50
Agustín Alonso.—Angel Ba-rredo.—Antonio Alonso (A 1 peseta)	3'00
Francisco Caballero.—En-rique Oromendía.—Ricardo Fernández. (Todos á 50 cen-timos)	1'50
León Herrera	1'00
Lorenzo Fernández	0'35
Sociedad de carpinteros (Cádiz).	10'00
Juan Ramos Morales (Bél-mez)	3'00
David Díaz (Vigo).	2'00
Manuel Padilla (Tomelloso)	5'00

En *La Región Cantabria* 3 de Diciembre

Maximino Beci.	0'50
Jesús Méndez.	0'25
Eduardo Rincón.	0'20
Alfredo Anido.	0'10
Nemesio Torres.	0'20
Justa March.	0'25
Un religioso.	0'30
Uno que no cree en ningun-religión.	1'00
María Torres.—Luisa To-rres.—Sarita Torres.—Al-fredo Anido Ruiz.—Fran-cisca Anido Ruiz. (Todos á 10 céntimos).	0'50
Un virado del seis doble.—Eugenio González.—Pablo González.—Eugenio Gon-zález. José Barquín. (To-dos á 50 céntimos).	2'50

Chaparrón de milagros
por José Nakens—2 pts.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID